

y adoptado el consejo, encamínase la vieja á doña Garoza, monja «de seso bien sano» y «de buena vida», la cual se niega al principio á oír todo mensaje amoroso, porque teme que le suceda lo que al *Ortolano et la culebra*, fábula que reconociendo su primera fuente en los libros orientales, habia sido puesta en lengua latina por el converso Pero Alfonso <sup>1</sup>. La seductora Urraca le replica con el *Enxiemplo del Galgo et del Señor*, que siendo reproduccion de Fedro <sup>2</sup>, se dirige á mostrar que no debia desecharse, por ser vieja, sus consejos y servicios: vencida algun tanto de estas súplicas, expone doña Garoza sus dudas, refiriéndole el lindísimo apólogo del *Mur de Monferrado et del Mur de Guadalhaiara*, originario del *Pantcha-Tantra*, manifestándole así los temores de perder la tranquilidad que gozaba en el recogimiento del claustro. El *Enxiemplo del Gallo que falló el Zafir en el muladar*, fábula transmitida por Fedro, suspende la determinacion de doña Garoza, aplazándole para otro dia. La vieja Urraca, sabedora de que quien escucha, cerca está de conceder, vuelve á la cita, y no sin trabajo obtiene permiso para hacer la pintura del Archipreste, logrando por último el de que este pueda presentársele <sup>3</sup>. Al verla, exclama:

<sup>1</sup> Es la fábula ó ejemplo IV de la *Disciplina clericalis* con muy corta diferencia. Pudo acaso tomarla el Archipreste del *Hortulus*, donde tiene el n.º X, y ofrece más incidentes que en Fedro (Lib. IV, fáb. XVIII, *Homo et Colubra*), guardando estrecha analogía con el apólogo de la *Disciplina*. En todas estas versiones, inclusa la de Juan Ruiz, aparece suprimido el desenlace de la narracion oriental, conservado por Pero Alfonso. El hombre al verse amenazado de la serpiente, apela al juicio de una raposa: esta deseando conocer las razones de ambos, hace atar de nuevo á la serpiente y reducida ya á su primitivo estado, aconseja al hombre que la deje morir sin socorro, ni auxilio alguno. La leccion es terrible.

<sup>2</sup> Es la fábula *Venator et Canis*, última del libro V.

<sup>3</sup> Toda esta parte del poema se halla exornada de apólogos, que indican de un modo inequívoco el doble origen que les hemos asignado. Llevan por título: *Enxiemplo del asno et del blanchete*; de la *Raposa que come gallinas en la aldea*; del *Leon et del Mur*; de la *Raposa et del Cuervo*; de las *Liebres*, y del *Ladron que fiso carta al diablo de su ánima*. El *Enxiemplo del Leon y del Mur* tan generalizado en las modernas literaturas, tiene su primera raíz en el capítulo II del *Pantcha-Tantra*, intitulado *Mitra-prápti* (la adquisicion de amigos), que es el VII del *Calila y Dimna* árabe,

1474 ¡Valme sancta Maria! | ¡mis manos aprieto!...

¿Quién dió á blanca rosa | ávito et uelo prieto?

Los amores del Archipreste y doña Garoza son no obstante de temple diferente al de los anteriores: la virtud, y austeridad de la monja purifican el corazon del poeta, quien levanta á Dios sus miradas, contemplando el amor divino. Al leer esta parte del libro de Juan Ruiz, digérase que teniamos delante un capítulo de la vida de Petrarca. La muerte le arrebató tanta felicidad, y pagado el tributo del dolor á doña Garoza con triste *endecha*, tórnanse á los placeres del mundo, empleando una vez más á Trotaconventos. Asestando esta sus tiros á una mora, malogra sin embargo toda tentativa de seducción <sup>1</sup>, por fallecer poco tiempo

tercero de las versiones persa, turca y latina de Juan de Cápua y del *Exemplario de engaños*, que lo es del mismo *Directorium*. El apólogo VIII de dicho capítulo ofrece la historia del raton *Sambat*, que logra extensa valía, libertando de las redes primero á una paloma, despues á un cuervo y más adelante á un ciervo (un elefante dice el *Pantcha-Tantra*). La fábula *De Leone et Mure*, que tiene en Esopo (ed. de Coray, pág. 140) el número CCXVII y en el *Hortulus* el XVIII, proviene pues del último incidente de esta historia. Toda ella pudo dar al célebre Ruiz de Alarcon la feliz idea de su bellísima comedia, intitulada: *Ganar amigos*. El *Enxiemplo de la Raposa et del Cuervo* se remonta á los mismos orígenes, con la diferencia de ser los personajes que figuran en el libro del *Calila et Dimna una raposa y un gallo* (Apól. XXXVIII del *Exemplario*). Es la fábula XIII del libro I de Fedro. De esta y de las demás citadas volveremos á tratar adelante.

<sup>1</sup> Es notable la sequedad con que la mora responde á las *pintadas palabras* de Trotaconventos, pronunciando únicamente algunos monosílabos. Sanchez advirtió ya que diferian estos en los códices por él consultados (Glosa, pág. 313). Lástima es que semejante episodio, que en cierto modo completa el cuadro general que se propuso trazar el Archipreste, no ocupase otro lugar en el poema, terminando este con los amores de doña Garoza. Vehemente sospecha de que esto hizo Juan Ruiz concebimos, al hallar antes de la narracion de dichos amores, tratando de la dama, de quien se enamoró el dia de San Márcos en la Iglesia, una alusion casi inequívoca. Enviada Trotaconventos á la dueña, dice el poeta:

1297 Ella fiso mi ruego, | pero con antipara;  
Dixo: non querria esta | que me costase cara,  
Como la Marroquia | que me corrió la vara, etc.

después, con honda pena del Archipreste, quien declamando contra la muerte y sus estragos, dedica á la vieja doloroso epitáfio. Para rodear su libro de todo el prestigio por él ambicionado, discurre finalmente sobre las armas, de que se debe armar todo cristiano para vencer al diablo, al mundo y á la carne, é ingiriendo donosamente la apología de las *dueñas chicas*, y las estériles tentativas de don Furon, termina el poema explicando la manera en que debe entenderse. Al cabo dice:

1607 Señores, hé vos servido | con poca sabiduria;  
Por vos dar solás á todos, | fablevos en jugleria:  
Yo un galardón vos pido | que por Dios en romeria  
Digades un *Pater Noster* | por mí et *Ave Maria*.

Tal es el desarrollo dado por el Archipreste de Hita al pensamiento anunciado en el prólogo de su libro. ¿Podrá negársele con justicia esa unidad de acción y de interés que constituye, por voto unánime de la crítica, una de las más grandes bellezas de concepción en la *Divina Commedia*?... Juan Ruiz, como el Dante, aparece siempre en medio de los cuadros que bosqueja ligeramente ó pinta con esmerado empeño, para darles esa cohesión artística, esa interior trabazón, que enlazando en ellos las antiguas tradiciones del arte y de la ciencia á sus nuevas conquistas, reflejaba con extraordinario vigor el vario colorido de las costumbres y de las creencias castellanas, en panorama sucesivo y altamente pintoresco. No domina el Archipreste el ánimo de sus

Si la vieja se refería á un hecho conocido del poeta y del lector, lo cual no puede menos de aceptarse, es evidente que la aventura de la mora debe preceder á la de doña Garoza y aun á la repulsa que recibe de la dueña de San Márcos; y en este caso cobra el poema del Archipreste nuevo precio, juzgado como obra de arte. El amor mundanal queda purificado por el amor divino, siendo doña Garoza el medio elegido para lograr este fin. Los amores de Láura purificaban de igual suerte el alma de Petrarca. Una y otra eran fruto vedado para sus amantes: Láura era sin embargo un ser real.—El erudito Wolf creyó ver en la metrificacion del episodio de la mora algo que le acercaba á la popular del *romance*: lo mismo puede decirse de otros muchos pasajes del libro del Archipreste, pues que según probamos antes de ahora, abundan en él los versos *octonarios* ó piés de *romance* (I.<sup>a</sup> Parte, Ilustraciones). Adelante expondremos algunas conjeturas sobre los *cantares* que Juan Ruiz apellida arábigos.

lectores como lo avasalla el poeta de Florencia: Dante es el único ser viviente que penetra en las mansiones del dolor, de la esperanza y de la gloria: sus sentimientos son los sentimientos de la humanidad; sus palabras tienen profundo eco en el corazón de todo hombre. Juan Ruiz no abandona la frágil tierra que vivimos: su voz no resuena del lado allá de los umbrales de otro mundo, para mostrar á los hombres los peligros del loco amor de la carne, llama á su presencia todas las clases, todas las gerarquías de la sociedad y poniendo de relieve las debilidades y miserias de todas, las persigue con la ironía y las abrumba con la sátira. Su humor cáustico le induce á burlarse de las flaquezas humanas, en vez de llorar sobre ellas, como lloraba el cantor de Beatriz sobre los grandes crímenes de sus compatriotas. Su libro es por tanto un verdadero poema, cuya unidad y cuyo carácter guardan entera consonancia con el fin inmediato que al escribirlo se propuso <sup>1</sup>.

1 Al imprimir el presente capítulo, tenemos á la vista el estudio que hace de Juan Ruiz el ilustrado conde Th. de Puymaigre en el t. II, cap. XV de sus *Antiguos autores castellanos*, que hemos citado antes de ahora. Rectifica tan apreciable escritor errores de otros críticos franceses, y logra hacer un trabajo digno de estima; pero no sin que algunas de sus apreciaciones merezcan oportuno correctivo. Rechazando en efecto la explicación que dá Sanchez de la situación en que aparece el Archipreste, declara que no reconoce en él la pureza de intención que inspira su obra, indignándole la *mezcla de obscenidad y devoción* que en ella resalta, é infundiéndole desconfianza el empeño que pone Juan Ruiz en hablar á cada paso de sus buenas intenciones (pág. 64 y 65). Dicho está que nosotros no aceptamos este juicio, leído cuanto llevamos expuesto: si el Archipreste debía recorrer todas las clases de la sociedad, para presentar el estado de corrupción, á que durante la primera mitad del siglo XIV habian venido las costumbres, y si estas habian de aparecer con toda verdad en su poema, no le era dado dejar de presentar aquella suerte de maridage (de *obscenidad y devoción*) que en todas partes se revela, sin que por esto recayese sobre su personalidad ni la responsabilidad ni la mancha de los vicios que retrataba. Dado el pensamiento generador del poema, en que todavía no se ha fijado la vista con el detenimiento debido; aceptada la forma literaria que reviste, por medio de la cual se ofrece el poeta como en holocausto de la idea moral que vindica, no hay razón ni justicia para tener al Archipreste como un libertino digno de todo menosprecio. Que su poema llevaba en sí este peligro, tanto mayor cuanto fuesen más vivas y eficaces la denuncia y pintura de

Pero ¿son igualmente fieles todas las pinturas que en él encontramos?... Críticos respetables hay que hallan materia de censura en la libertad excesiva, con que describe el Archipreste ciertas escenas, negándose á darle entera fé y suponiéndolas hijas de la soltura y laxitud de sus propias costumbres; y escritores no menos distinguidos afirman, fijando sus miradas en dichos cuadros, que retratan estos al vivo las costumbres castellanas del siglo XIV, apareciendo aquellas por tanto en un estado de corrupcion lamentable. ¿Cuál de estas opiniones puede ser aceptada sin recelo?... La historia de todos los pueblos nos enseña que es harto frecuente en épocas de limitada ilustracion el maridaje de los más encontrados sentimientos; y no pueden en consecuencia causarnos maravilla los excesos de la sensualidad que se mezclan en raro consorcio á las manifestaciones más puras de la devocion y de la fé en sociedades que no han aprendido todavía á disfrazar sus pasiones. Mucho de esto sucedía á la España del siglo XIV; pero ¿debe tenerse por cosa demostrada que las costumbres bosquejadas por la musa de Juan Ruiz eran las costumbres de los castellanos?... ¿Las mugeres que pintó este poeta son igualmente fáciles y carnales?... ¿Participaba él mismo de la corrupcion que sus versos revelan?... Cuando tanto se ha exagerado el libertinaje de nuestros mayores, con la autoridad del Archipreste, bien será exponer aquí algunas observaciones que expliquen al par las circunstancias especiales del escritor y las condiciones de su libro en punto de tal importancia.

Juan Ruiz no pinta siempre, como se ha supuesto, escenas reprehensibles: llamando á todas las puertas con el acento de la se-

las flaquezas y miserias que iba á combatir, reconócelo él mismo en cada pasage, y de aquí nace esa continua protesta de su intencion y de su inocencia; pero no porque así lo reconozcamos, hemos de seguir la comun corriente de sus acusadores, puestos ya en el caso de apreciar la obra de Juan Ruiz bajo su verdadero punto de vista. Hay sin duda excesiva fuerza de colorido, sobrada naturalidad, poco ó ningun disimulo en el bosquejo de las escenas que imagina; mas todas estas circunstancias secundarias no son suficientes para desnaturalizar la idea principal del libro de Juan Ruiz, idea tanto más digna de estudio para nosotros cuanto es mayor la distancia en que se han colocado la mayor parte de los críticos y el extravío de sus poco benévolas apreciaciones.

duccion, hállalas cerradas las más veces, proclamando entonces el triunfo de la virtud y describiendo de una manera interesante la muger castellana del siglo XIV, en el retiro del hogar doméstico. Y ¿cómo no reconocer este hermoso tipo, cuyo primer modelo hemos admirado en la esposa del héroe de Vivar, al leer por ejemplo los siguientes rasgos, relativos á la primera dama solicitada en vano por el Archipreste:

68 Era dueña en todo | é de dueñas señora:  
Mucho de omen se-guardan | allí do ella mora.

69 Sabe toda nobleza | de oro et de seda,  
Complida de muchos bienes, | anda mansa é leda;  
Es de buenas costumbres, | sosegada et queda;  
Non se podría vencer | por pintada moneda.

Ni tienen menos atractivo las breves pinceladas con que traza el bosquejo de la muger noble y discreta, que agena á los devaneos del mundo, 'desoye toda súplica de amor, huyendo el oculto veneno de las lisonjas:

158 Dueña de buen linage | et de mucha noblesa;  
Todo saber de dueña | sabe con sotilesa;  
Cuerda et de buen sesso | non sabe de vilesa, etc.

Pero estas «dueñas de prestar» no están solas en la sociedad en que vive el Archipreste: al lado de ellas encuentra candorosas jóvenes de extremada hermosura, y no vencida virtud, cuyo retrato compendia en estas palabras:

885 De talla la mejor | de quantas yo ver pud,  
Niña de pocos dias, | rica et de virtud,  
Fermosa, fidalga | et de mucha juventud:  
Nunca ví tal como esta, | si Dios me dé salud.

En estas notabilísimas pinturas, que hace el poeta no sin deleite y que completa con la de doña Garoza, cuya virtud le sirve de modelo y cuyo amor pone coto á sus liviandades, aparece de un modo inequívoco la muger histórica de Castilla, tal como la habia reflejado ya el arte y como la acepta y perfecciona en siglos posteriores. Esos seneillos retratos, vaciados de un solo golpe y animados todavía de nativo colorido, encierran ya todos

los gérmenes de la muger que immortalizan Lope y Calderon en sus celebradas comedias. No desconoció por tanto el Archipreste, ni pudo olvidar que anidaban en las damas de su tiempo las virtudes domésticas que forman el carácter nacional, dando no indiferente cuenta de ellas, al señalar los peligros del mundo.

Mas si hallamos el tipo de la muger histórica de Castilla en esos bosquejos trazados por la pluma de Juan Ruiz, apesar de su espíritu satírico, ¿qué significacion puede tener en su poema la pintura de la muger fácil, tal como aparece doña Endrina?... Observando ante todo que hasta la época del Archipreste no habían aparecido en las producciones del arte semejantes caracteres (si bien debemos confesar que no faltarian en el suelo castellano beldades quebradizas), conviene buscar los modelos que siguió, en otra distinta esfera. Tres pudieron ser y fueron sin duda las fuentes de donde hubo de derivarse ese tipo, asi como el de Trotaconventos, continuo ariete asestado á la virtud no corrompida: primera: las obras de la antigüedad y principalmente la *Vetula* de Panfilo, en que como hemos apuntado se retrata la espantosa corrupcion del mundo gentilico: segunda: las obras orientales, en que egerecita la muger constantemente todo linage de ardidés para burlar la fé debida al hombre<sup>1</sup>; tercera:

1 Sobre todo lo que llevamos expuesto respecto de la manera en que el arte oriental pinta á la muger, parécenos oportuno recordar aquí el capítulo XX del libro de *Sendebat* (*Cendebute*) que tiene en la version castellana el siguiente título: «*Exemplo de un mancebo que non queria casar, fasta que sopiese las maldades de las mugeres*. Despues de andar largo tiempo por extraños paises, recogiendo libros «para aprender los sus engaños», volvíase ya á su casa satisfecho de conocer todas sus artes, cuando llegando á la de un hombre bueno, y maravillado este de su virtud, preséntale á su muger como verdadero dechado. Picado el amor propio y vanidad de aquella astuta pecadora, forma el propósito de seducirle, probándole que nada sabe todavía de sus diabólicas tretas. Al intento se le declara enamorada, luego que el confiado marido los deja solos; y crédulo el garzon, se rinde á sus fingidos deseos; pero exigiendo ella que se desnudara y ejecutándolo él sin sospecha alguna, prurumpe la traidora en terribles gritos, que llamaron á los criados y vecinos, creyéndose aquel de todo punto perdido. Entonces, haciéndole tenderse y poniéndole en la boca un pedazo de pan, hace creer á los que acudieron á socorrerla que su huésped se ahogaba, comiendo, echándole agua fria en el rostro para que tornara en su acuer-

las poesías de los trovadores, espejo fidelísimo de aquella vida licenciosa y aventurera, en que imperaba exclusivamente la pasion, quebrantándose á menudo los más sagrados vinculos<sup>1</sup>. Que eran familiares al Archipreste la muger de la decadencia romana, la muger oriental y la muger de los trovadores, lo prueban sin esfuerzo las frecuentes imitaciones de estas literaturas, que hemos indicado en el exámen de su libro. De todos tres puntos á la vez, ó acaso con mayor inmediacion de los libros orientales, más autorizados y seguidos en aquel tiempo, provino pues en ese poema la idea de la muger, personificada en Trotaconventos y doña Endrina, siendo muy de notarse que el mismo Archipreste las puso en cierto modo fuera de la sociedad castellana, cuando fingió para ellas nombres y aun naturaleza excepcionales. Los libros de Pero Alfonso y de *Sendebat* ofrecian repetidas escenas, en que se daba el ejemplo de la seduccion en la misma forma que lo presenta el episodio de *don Melon é doña Endrina*<sup>2</sup>.

Pero ¿de dónde vino, se dirá, ese colorido especial que brilla en los cuadros de Juan Ruiz, infundiéndoles vida extraordinaria y dándoles mayor relieve que el de sus propios modelos? Negar que hay en esos mismos cuadros alguna parte de verdad, seria indudablemente aventurar demasiado: conceder que todo lo sea, nos parece error manifiesto. Repárese bien en la condicion excepcional del poeta. El Archipreste de Hita no es el hombre para quien existen únicamente la muger social y la muger del arte; para él hay otra muger nunca revelada á la faz de las gentes, y conocida sólo en el secreto de la penitencia. Como sacerdote, escucha en el confesonario la sincera relacion de todas las flaquezas y debilidades de la muger cristiana y timorata, que abrien-

do. Con esto se despiden los vecinos y ella exclama, dirigiéndose al burlado garzon:—«Amigo ¿en tus libros hay alguna tal arte como esta? Et dixo él:—En buena fé, nunca la ví nin la fallé, etc.» Una literatura en que brilla constantemente tal idea de la muger ¿podia suministrar otros más puros tipos?...

1 Véase la Ilustracion VI.<sup>a</sup> de la I.<sup>a</sup> Parte.

2 El capítulo XI del *Libro de Sendebat*, que es la fábula XI de la *Disciplina* de Pero Alfonso, presenta en efecto el mismo cuadro de seduccion que el episodio de que tratamos, bien que mucho más escandaloso y de más punibles consecuencias.

do ante sus ojos las puertas de su corazón y de su conciencia, le descubre los misterios de su alma, jamás comunicados á otro ser; y no solamente llega á leer en aquel recóndito libro el catálogo de las culpas cometidas, cuya absolución se ambiciona, sino que expuesto con igual anhelo el índice de las tentaciones, á que está sujeta la fragilidad de la carne, viene al cabo á suponer que aquellas tentaciones, hijas de la soledad y de las tinieblas, y desvanecidas casi siempre á la presencia de la luz, pueden realizarse, creando en su fantasía un ser que se halla fuera de la misma humanidad y es de todo punto inverosímil. Este fenómeno, que se manifiesta de igual suerte en todas las literaturas cristianas, reproduciéndose lo mismo en las sátiras del monge de Montandon, que en las novelas de Boccaccio, y que tiene entre nosotros plena confirmación en las obras del Archipreste de Talavera y de Tirso de Molina, que florecen á larga distancia, contribuye grandemente en el poema de Juan Ruiz á caracterizar la muger por él ideada. Los rasgos atrevidos, los sentimientos extraños, los toques de insólito color que en ella centellean, ya la describa por boca de don Amor, ya por la de doña Venus, ya en fin la ponga en acción, como en los episodios de *Ferran Garcia* y de doña *Endrina*, no pertenecen á la muger histórica de Castilla en el siglo XIV; y si pueden reflejar alguna parte de la muger social, lo hacen como las malignas pinturas del maestro fray Gabriel Tellez al lado de los bellísimos retratos de Calderon y de Lope. Hé aquí en verdad el efecto que en nosotros producen las damas nobles, castas y discretas que nos bosqueja el mismo Juan Ruiz, al compararlas con la muger fácil y libidinosa que pone en doloroso parangón con ellas: en los primeros reconocemos las matronas castellanas de las leyendas y de las crónicas: en la segunda al ser débil, intemperante y temeroso que se revela únicamente á los piés del confesionario. El Archipreste de Hita ofrece por tanto en su poema el peregrino contraste que las comedias de aquellos tres celebradísimos ingenios.

No en otro sentido nos es dado comprender y explicar esa doble pintura de la muger, en el libro que examinamos y que tan vivamente despierta la atención de la crítica en otras muchas re-

laciones de la vida real, conforme queda insinuado. Obispos y abades, clérigos y archiprestes, monjes y monjas, próceres y caballeros, escuderos y soldados, alcaldes y merinos, juglares y juglaresas, tahures y truhanes, judíos y sarracenos, aldeanos y pastores, todas las clases de la múltiple sociedad, regida por los soberanos de Castilla, reciben más ó menos directamente los tiros de la sátira de Juan Ruiz, y aparecen con vario colorido en el centro del gran cuadro, que anima con su presencia. La naturalidad que á todas esas figuras distingue y la verdad que reflejan las escenas picarescas por él trazadas, han sido causa de que se tenga por cosa evidente el que no fueron las costumbres del Archipreste tan puras como exigían su estado y dignidad eclesiástica; y de aquí ha partido la calificación de *Petronio español* que le han prodigado nuestros escritores. Mas que no puede Juan Ruiz ser comparado, sin ofensa de la razón y de la justicia, al *Auctor purissimae impuritatis*, que preparaba y presidía las escandalosas bacanales de Neron, lo prueba con absoluta evidencia el más ligero exámen de sus obras y de la época en que uno y otro florecen. ¿Qué hay en efecto de común entre la *Quartilla* de Petronio, la cual exclama: «*Iunonem meam iratam habeam, si unquam me meminerim virginem fuisse*», y la doña *Endrina* del poeta español que, aunque viuda, al verse burlada en su honra, se dirige á Trotaconventos, diciendo:

Vieja, por esto teniades | á mí la puerta cerrada...

La distancia que medimos entre la edad vergonzosa de Neron y el siglo XIV es la que realmente existe entre Juan Ruiz y Petronio; siendo en verdad reprehensible que sin fijar la vista en el papel que toma el primero para sí en su poema, se le haya condenado en tal forma. Dada no obstante la invención y la estructura del libro, bien conoció el Archipreste que se exponía á semejantes calificaciones; y este convencimiento le obligó á sembrarlo de protestas, en que pretende acreditar de continuo la limpieza de sus costumbres, su devoción y su ortodoxia. Su genio satírico, la ironía que brota continuamente de sus labios, y sobre todo la naturaleza misma del pensamiento que desarrollaba, infundían, es verdad, á sus versos esa maliciosa viveza y

frescura, que contrastando con la gravedad á que su condicion social y el carácter nacional le inducian, constituyen los más claros títulos de su entidad poética. Pero ya imitando los ejemplos de los eruditos de otras literaturas, ya obedeciendo á la idea generadora de su poema, ya cediendo á la fuerza irresistible de su propio genio, el Archipreste de Hita no olvida que es español y que es cristiano; y estas dos condiciones supremas del arte en nuestro suelo imprimen á su obra el sello de la más decidida nacionalidad, justificando en cierto modo el dictámen de los que le atribuyen la misma importancia literaria que al *Ingenioso hidalgo* <sup>1</sup>.

No es tan grande, como se ha supuesto, la que ofrece bajo la relación meramente artística de las formas, por más que el editor asegure «que antes del Archipreste se conocia poquísima variedad de metros» en el parnaso castellano <sup>2</sup>. Para quien, como nuestros lectores, conozca la gran variedad de versos empleados por el Rey Sábio, y recordando cuanto expusimos al tratar de los orígenes <sup>3</sup>, tenga presente lo que Juan Ruiz declara en este punto, no puede caber duda de que no fué él quien ensayó por vez primera la versificación usada en su poema. «Compóselo otrosi (dice) á dar algunas lecciones é muestra de »metrificar et rimar et de trovar, con trovas et notas et rimas »et decades et versos, que fis complidamente, *segund que esta »ciencia requiere* <sup>4</sup>. Aunque aspirando á egercer cierto magisterio, se atuvo pues el Archipreste á lo que ya era generalmente sabido por los discretos de su tiempo, sin que añadiese un solo metro á los cultivados en las *Cantigas* del rey don Alfonso, si hemos de juzgar por su libro, tal como ha llegado á nuestros días <sup>5</sup>.

1 Véase la nota 6 del presente capítulo.

2 Poesías casts., t. IV, pág. IX.

3 Véase la Ilustración IV de la I.<sup>a</sup> Parte.

4 Prólogo, pág. 7.

5 Juan Ruiz cita con frecuencia *cantigas, trovas, desires, dictados* y aun *cantares* que debió insertar ó hacer de propósito para su poema, los cuales no existen ya en ninguno de los códices que han llegado á nuestros días. Narrando sus primeros amores, dice de su dama:

Escribió no obstante algun tiempo despues, encarcelado por el Arzobispo de Toledo, diferentes *himnos* y *canciones* dirigidos á Dios y á la Virgen, los cuales segun dejamos advertido, han sido reputados equivocadamente como parte de la obra ya examinada. Doliéndose en ellos de la dura prision en que yacía, olvidase de que es el trovador alegre y satírico, para quien los vicios de la sociedad eran al par motivo de compasion y de burla, y procura cantar con la fé y la unción de Berceo, ostentando los tildes y primores del arte de sus días. Sus *cantigas* son en verdad más ricas en las formas exteriores y expresan con no poca energia la ansiedad y la amargura que combaten el alma del poeta; pero no ostentan ya aquel primitivo candor y sencillez que hemos admirado en el cantor de los Santos, ni hallamos tampoco en ellas metro alguno, de que no tengamos ejemplos en el regio trovador de Santa María. Encuéntrense finalmente entre

70 Enviél esta cantiga | que es de yuso puesta.

En otro lugar escribe, refiriéndose á otra dama que Trotaconventos:

892 Dióle aquestas cantigas, la cinta le ciñó.

Y despues:

921 Fis cantares cazurros de quanto mal me fiz.

Hablando de la vaqueriza de Tablada, declara que hizo tres poesías á la misma, insertando sólo una:

995 Fise bien tres cantigas | mas non pud bien pintalla:  
Las dos son *chanzonetas* | et la otra *trotalla*.

Y más adelante cuenta que envió á una *viuda lozana*:

1293 . . . . . Estas cantigas | que uos aquí trobè.

Poco despues:

1302 Estos fueron los versos | que leuó mi trotera.

Narrando por último la aventura de la mora, escribe, aludiendo á Trotaconventos:

1482 Ella fiso buen seso | yo fis mucho *cantar*.

Es pues indudable que Juan Ruiz exornó de todas estas poesías, propiamente líricas, su aplaudido poema, siendo en verdad sensible el que no se hayan conservado todas en él. Pero aun cuando esto se hubiera logrado, no es de presumir que hubiese en ellas nuevos metros.